

formándole la voz, que con sorpresa de ella misma se timbró en notas penetrantes y apasionadas. Gormaz, observando esta favorable metamorfosis, aplicaba leña á la hoguera.

—Ya ve usted que en este acto está usted celosa... Hay que revelar esos celos en el acento, en la fisonomía... Su marido de usted la está engañando; usted no se ha de quedar tan fresca!

A veces Concha, cuando decía una frase con vehemencia, avergonzábale un poco y soltaba la risa.

—Ay, Dios mío... Don Manolo, estoy exagerando, ¿verdad?

—No, hija, no... En esa situación hay que poseerse, así como en el primer acto debe usted más bien aparecer fría y coqueta... ¡Bien dichó, bien! Animo... á la escena con la criada... Rosalía, hija, ¿me hace usted el favor?

—¿Eh?—murmuró Rosalía con displicencia.

—Pues ahora es la escenita de usted... La carta.

—Ay... Usted dispense... Como no se ha fijado usted nada en lo que dije antes, creí que...

Encogióse Gormaz levemente de hombros, y resignándose, prestó alguna atención al deajo sevillano contrahecho de la estanquera. Era preciso actuar porque la hora de la función se aproximaba, y ya dos ó tres músicos, con sus instrumentos muy enfundados en bayeta verde debajo del brazo, se asomaban por la puerta de entrada, retirándose después de escuchar algunos minutos curiosamente. El último acto se atropelló un poco, pero Concha sabía al dedillo el papel y Gormaz, como de paso, pudo aún indicarle algunos toques maestros. Al final le apretó misteriosamente la mano.

—¡Hasta luego... y á ver cómo nos lucimos!

Concha se dirigió al tocador, donde la esperaba su hermana vigilando la cesta de los trajes, mientras Rosalía y Julia, ocupando todo el hueco del

espejo, se daban polvos de arroz por quintales, limpiándose después cejas y pestañas con la tohalla húmeda. Como no tenían trazas de hacer sitio, Dolores gritó á Concha en voz alta:

—Hija, arrímate al espejo... Estás sin peinar aún, acuérdate...

Las dos usurpadoras del tocador se desviaron con majestuoso paso de reinas ofendidas, y empezaron á calzarse en un rincón, secreteamo y sin dejar su actitud hostil. El tocado de Concha fué corto; su juventud y su fresca tez no requerían gran afeite. Sus ojos brillaban y sus mejillas estaban algo sonrosadas. Al remangarse el pelo con unas agujas de azabache, recordó el beso de Ramón, y se enrojeció hasta la frente. ¡Qué poco había durado! ¿Lo sabría Dolores? ¡Bah! ¿Cómo lo había de saber? Esforzóse en desechar aquel orden de ideas, recordando que era preciso hacer un esfuerzo para representar bien y que don Manolo no se quejase de ella.

Quando puso los pies en la escena, el corazón le latió, según costumbre, un poquillo, al ver el aspecto imponente del teatro. Sin que pudiese precisar quiénes eran los espectadores que llenaban las butacas, atestaban los palcos y se apiñaban en la galería, bien comprendió que estaba allí todo Marineda, la gente fina, el *señorío*; público inusitado en aquel local, donde por lo regular el elemento dominante eran los socios y sus familias. Veía vagamente, sobre el fondo granate del papel que reviste el teatro, agitarse una triple hilera de cabezas femeniles, adornadas con flores; los colores claros y ricos de los trajes hacían una decoración abigarrada; y de las butacas, subía hacia Concha, como una ola de curiosidad, el reflejo de los cristales de los gemelos instantáneamente clavados en ella, y el susurro de voces que muy que-dito pronunciaban ó preguntaban su nombre. Zum-

báronle algo los oídos, y se le apretó la garganta al articular las primeras frases del papel; pero recordando de pronto un consejo de Gormaz, alzó los ojos y fijó en el auditorio una mirada tranquila. Distinguió entonces con más claridad la concurrencia, y respiró. De pronto volvió á alterar su serenidad la cara de Ramón, que desde las primeras filas de butacas, acechaba una ojeada de su novia. Apartó la vista y se dedicó á recitar lo mejor posible el papel. Gormaz, asomando de tiempo en tiempo entre bastidores su cabeza sudorosa, recorría el teatro, fijándose en un palco entresuelo, el único vacío que quedaba ya; después hacía una señal de inteligencia á Concha, aprobando y animando.

El público, sin embargo, no daba más indicio de agradecer los esfuerzos de Concha que, por parte de los hombres, no quitarle los gemelos de encima. En conjunto se veía que la representación hacía reír disimuladamente á los que no fastidiaba. Dos ó tres carcajadas sofocadas habían resonado ya, una aguda y aflautadilla en un palco, otras más sonoras en las butacas. Por mucho que las señoras procurasen aparentar que se divertían y prestaban atención, notábanse los bostezos de á cuarta, mal encubiertos por el abanico. *Sotto voce*, los espectadores se comunicaban sus impresiones de aburrimiento. ¡Las tales funciones de aficionados! ¡Venir á ver lo mismo que se ve en el Teatro todos los días, sólo que echado á perder! Luego, ¡qué programa tan largo, santo Dios! ¡Tres actos de *Consuelo*, el Orfeón, lectura de poesías y un sainete! No se salía de allí menos de la una. Y el caso es que no cabía marcharse con la palabra en la boca, por compromiso con el Intendente, que se picaría, de seguro, si se le hiciese un desaire á su protegido... ¡Buen tipo tenía el protegido! ¡Vaya un galán para el papel de *Fernando*!

Las patillas postizas se le estaban cayendo: por no saber en qué ocupar las manos, no cesaba de dar vueltas á la cadena del reloj... ¡Pues y las mujeres! ¡Qué modo de vestirse! Aparte de que no se les oía una palabra, y como estaban aguardando lo que dijese el apuntador para hablar, resultaba que el acto no concluía nunca... ¡Y qué acción! Lo mismo que esas muñecas, á las cuales se les tira de un cordelito y levantan los brazos... La *Consuelo* pronunciaba más claro; á esa al menos se le entendía bien: ¡pero qué trazas de descarada y pizpireta!...

En las butacas también se comentaba lo indigesto de la función, con otra salsa más picante, y sobre todo con tan unánimes elogios á la buena cara y simpática voz de Concha, que Ramón se volvió dos ó tres veces impaciente y sobresaltado, como si algún bicho le picase en la nuca. Sólo respiró el pobre novio, al caer con pausa el telón, tras la fuga de *Consuelo*.

Concha atravesaba los bastidores con su hermana para regresar al tocador y vestirse de nuevo, cuando su novio le cerró el paso. Llamóle la atención verle tan fosco y cariacontecido, y con la mayor inquietud le preguntó:

—¿Qué hay de nuevo?

—Nada—murmuró él repentinamente avergonzado, al ver á Dolores allí, de las ideas tontas que venían ocurriéndosele.—¿Vas á vestirte?

—Sí... abur, que después me cogen el sitio las otras.

Gormaz, que vagaba por allí como alma en pena, la empujó, dándole prisa:

—¡Vamos, hija... vamos!

Sacó después el ex actor un cigarrillo y lo encendió, paseándose inquieto y con taconeo nervioso por la solitaria escena. De rato en rato pegaba el ojo izquierdo á un agujerillo del telón, y siem-

pre veía, en el lleno completo y brillante de la sala, el hueco del palco vacío, como una mella en una hermosa dentadura. Al fin hizo un ademán de contento: la puerta del palco se abrió, entrando por ella dos hombres, el uno de mediana edad, grueso, lampiño, de pelo negro y liso como el hule, fisonomía entre clerical y chulesca, que Gormaz reconoció por el *gracioso* ó primer actor cómico de la compañía: el otro viejo, de borbónico perfil, con una de esas caras inteligentes y castizas de pelucona rancia, que aun hoy se ven en aldeanos del centro de Castilla y en algún torero. Era un rostro movable, donde á intervalos se transparenta ya la ironía indulgente, ya la enérgica voluntad vencedora de los muchos años. La nariz y la barba, en demasía aficionadas á gastar conversación, se combinaban bien con el mundo cráneo, lleno de protuberancias color marfil. La apostura era mucho más firme y desembarazada de lo que la edad pedía, y el traje, severo y correcto. Así que Gormaz reconoció á Estrella, de algunos brin-cos estuvo en su palco.

—¡Manolillo!

—¡Juanito! ¡Ejeem! Se agradece, hombre; se agradece la venida. A la verdad, tenía gusto en que hoy te dejases ver por aquí. Adiós, Gálvez.

—Pues no faltaba más. Aquí me tienes. Y le daré un aplauso á tu gente, para que no sete desanime. ¿Eh? Ya nos entendemos.

Estrella sonreía: Gormaz le miró de un modo singular, y aquella ojeada que se cruzó entre los dos actores acostumbrados á declarar con la expresión tantas cosas, para Estrella fué equivalente á un discurso. Sin embargo, adivinó á medias.

—¿Qué?—pronunció.—¿Que hay algo bueno que ver, eh? ¿Una chica guapa? ¡Ay Manolo de mi vida! Si yo ya no sirvo de nada, hijo. Estoy para que me saquen en un cesto al sol.

Protestó Gormaz, no sin melancolía.

—¡Pues si tú dices eso! ¡Tú, que con doce años más que yo, te atreves con *La Aldea de San Lorenzo* y el repertorio de Cano y Echegaray! ¡Tú! ¡Pues si tú... eres un roble!

—Psh... Los pulmones y la garganta no andan aún del todo mal; pero, hijo mío, el resto... ¿Conque una chica guapa? Pues haz cuenta que yo... como si tal cosa.

—No le crea usted—intervino Gálvez, que hasta entonces se había contentado con reír maliciosamente. Diga usted que no. Es muy taimado y nos engaña. Más travesuras es él capaz de hacer, que usted y yo juntos.

—Hombre, fíate en mí. Dile á esa damisela que llame á otra puerta... ó que se entienda con Gálvez.

—Yo no te revelo nada por ahora... Ya volveré en el entreacto, que van á subir la cortina.

A pesar de todas sus protestas, por aquello de que los ojos nunca envejecen, apenas subió el minúsculo telón, Estrella sacó del bolsillo trasero de la levita sus gemelos, cuyos cristales limpió primorosamente, asestándolos después á la escena. La mujer que entonces se hallaba en ella, Rosalía Cañales, no le pareció tan bien como esperaba, ni siquiera la mitad; y con un fruncimiento expresivo de cejas, casi anudadas sobre su enérgica nariz, bajó los gemelos, limitándose á asistir á la función resignadamente, como persona fina convidada á un espectáculo que nada le importa. Familiarizado con torpezas y gazapos de principiantes, durante su larga carrera de actor y director de compañía, no alteraban su plácido reposo ni las salidas y entradas á destiempo, ni el modo de recitar, monótono como salmodia de breviario ó desmenuzado como picadillo, ni el acento duro, ni los brazos cosidos al cuerpo, ni las caras paradas, como hechas de cartón. Gálvez le pisó disi-

muladamente el pie, dos ó tres veces, por supuesto, con blandura. No dió señales de vida. Tal era su actitud cuando salió Concha.

Al verla, Estrella dijo con indiferencia indulgente:—Es bonita, hombre; cierto que sí.—Pero apenas hubo pronunciado algunos versos, cuando volvió á limpiar con rapidez los gemelos y á pegarlos á los párpados, enderezándose en la silla para mejor atender. De la atención pasó en breve al interés subido: sacó el cuerpo fuera, y en los palcos proscénicos empezaron á mirarle con sorpresa, mientras en las butacas se levantaban dos ó tres cabezas, que pronto, por comunicación eléctrica, hicieron erguirse otras muchas. Poco á poco todo el teatro se fijó en los movimientos de Estrella, y la gente aburrída, que no acertaba á entretener aquellos actos interminables, se dedicó á observar, pacientemente, como se observa en provincia,—donde la telaraña de la curiosidad se teje y se desteje cada día con las mismas mallas menudas—la cara del eminente actor. No cabía duda: lo que le llamaba la atención en la escena era la chica encargada del papel principal: bien. ¿Y por qué? ¿Por lo guapa? Estrella había sido un gran conquistador en otro tiempo: puede que aun le durase el humor... ¿Tan viejo? ¡Quién sabe! Sin embargo, los gestos aprobadores de Estrella desmentían la presunción de un flechazo súbito. Más bien parecía—cosa inverosímil—que le agradaba el modo de representar de la chica. ¡Bah! Imposible. ¡Gustarle á un actor de tanto mérito una aficionadilla de tres al cuarto! Y con todo... La verdad es que la muchacha poseía una voz tan fresca, tan clara de un timbre tan grato... El caso es que lo hacía mejor que las otras: á ella se le oía y entendía todo... Y no decía mal, no, señor... Así, favorablemente prevenido, pudo ya el público interpretar con exactitud el pensamiento de Estre-

lla; y todas las dudas se disiparon cuando, al decir *Consuelo* aquella frase fatal que trastorna la cabeza á *Fernando*, aquel femeníl y pérfido *no seas ingrato*, el actor, ahogando un ¡bravo! entre dientes, aplaudió con brío. La concurrencia vaciló un segundo, y por fin, subyugada y convencida, hizo coro al aplauso, y sordos rumores de aprobación corrieron por las butacas. Se daban unos á otros la noticia:

—¿Ha visto usted?

—¡Promete mucho esa niña, vaya!

—Cuando Estrella se entusiasma... ¿eh? ¿Si habrá conocido actrices Estrella?

—Yo ya lo decía en el primer acto, esa chica vale... No sé cómo no se hicieron ustedes cargo desde el principio...

—¡Hombre, no nos jeringue usted! Usted no dijo palabra; váyase usted al canario.

—Ta, ta, ta, yo no lo dije, porque me hubiesen ustedes comido; aquí todos ustedes son partidarios de la Julia Marqué y de la otra...

—¡Bah, bah! Lo cierto es que no nos habíamos fijado, ni usted ni nadie... ¿Y quién es ella? ¿Una modista?

—Sí; mis primas la conocen... Una modistilla, dicen que de buena conducta.

—Eso ya... averigüelo Vargas.

Ramón subió entre bastidores enojado y sombrío. ¡Todo el teatro haciendo conversación de su novia! Aquella inesperada ovación le daba á él que pensar. Que en Concha pudiese haber facultades artísticas suficientes para explicar el fenómeno, no se le ocurrió un instante: creyó sencillamente que Concha era bonita y los espectadores unos truhanes de marca. Encapotado y ceñudo llegó á donde estaba Concha recibiendo la felicitación calurosísima de Gormaz: el rostro de éste, sofocado por la asmática tos y dilatado por el placer, parecía

un queso de bola de los más teñidos. Al ver á Ramón, aprovechó la coyuntura para escaparse al palco de Estrella, á quien halló en el corredor fumando y charlando animadamente con Gálvez.

—¿Qué me dices, Juanillo?

—¿Chico, de dónde ha salido eso?

—De un taller de modista. Y habrás notado que está enteramente por hacer. Diamante en bruto.

—Sss! Ya se sabe: pero la madera...

—Soberbia. De patente. Hoy es el primer día que trabaja en tres actos. Nunca ha pasado de piececillas.

—Y dí, hombre: ¿hace tiempo que la enseñas?

—Medio año ó poco más; pero... ¡Ejeem!

Aquí Gormaz entornó los ojos.

—Pero puede decirse que no la he enseñado nada... En el ensayo de hoy me he tomado algún trabajo, porque venías tú... Nada más, hijo...

—¿Pues cómo es eso?

—Te diré... Es que...—y bajó la voz, mientras jugaba con la cadenilla de oro de Estrella.—Es que aquí... mi posición... ya ves tú... tiene sus compromisillos, ¿eh? Aquí todas aspiran á oírse llamar artistas, y á leerlo en los periódicos... Si distinguiese á esa y me parase más en darle lecciones... se me pondrían las demás como avispa... Una diablura. Que no se puede. Las otras tienen más amigos en la sociedad y en la Junta directiva: hay una que es cuñada del secretario; otra que es hija del contador... Ya hoy las tengo hechas un vinagre conmigo, por lo poco que me dediqué ayer á sacar partido de esa... Para darle el papel principal he tenido que urdir mil enredos, diciendo que el de *Consuelo* es insignificante, y que los verdaderos papeles trágico y cómico de la obra son el de la madre y la criada... En fin, ya ves que si he de sostenerme en mi puesto, me conviene alguna prudencia...

—Ya estoy... Pero á mí en tu caso, me sería difícil... ¡Ay chico! En los tiempos que corremos, cuando se ve algo que promete valer alguna cosa... Porque la verdad es que no hay ni esto... ¡Qué decadencia!

—Permita usted, señor de Estrella... con todo el respeto que usted me merece... —articuló Gálvez, metiendo su cucharada.

—No hay respeto que valga...—exclamó Estrella relampagueándole los ojos y dilatadas las ventanillas de su borbónica nariz.—No hay hoy nada, nada, nada, y tres veces nada... Hay un par de galanes regulares... pero lo que se llama un actor de facultades y fuerza, un Carlos Latorre, un Julián Romea... ¿á ver, va usted á hacerme el obsequio de decirme dónde está? Un actor de corazón, de esos que crean papeles de tal manera que ya nadie puede hacerlos después, como el *Sullivan* de Romea por ejemplo? ¿Pues y las mujeres?... Ahí, ahí quiero yo que usted me replique... ¿Qué hay en mujeres, qué hay? Cuatro gatitas, que sueltan unos mayidos, que sacan unas colas de raso y están pensando en ellas toda la noche... ¡Ah! Los que hemos alcanzado á Bárbara y Teodora Lamadrid y á la pobre Matilde, con aquella gracia suya, y sobre todo á la Concepción Rodríguez, la sublime trágica... ¿Te acuerdas tú de Concepción Rodríguez?

—¡Que si me acuerdo!—exclamó Gormaz electrizado á su vez.—Aun me parece que la estoy viendo y oyendo, con su voz que llegaba al alma... Dí: ¿y no te parece á ti que esta chica tiene un metal de voz, que así que lo trabaje, podrá asemejarse algo al de Concepción Rodríguez?

—Estaba pensando en decírtelo... La voz de esta chica es un tesoro, cuando lo pueda explotar bien... Además, su figura es sumamente bella.

—Por ahí le duele á don Juan—exclamó Gálvez dándole una palmadita en el hombro.

—¡Quiá! hombre. Si á mí no me queda ya sino lo que les queda á los toreros viejos: el sentido. Una chica guapa... ps... por el hecho de serlo, si uno fuese muchacho, se le podrían decir cuatro cosas... Pero para el arte, qué tiene que ver la belleza... La fealdad puede vencerse: y si no, diga usted: ¿le parezco yo á usted bonito?

Echáronse á reír Gálvez y Gormaz, y el primero dijo llanamente:

—Lo que es bonito, señor don Juan...

—Pues nunca fuí mejor mozo, y aquí donde usted me ve, aun he conseguido y consigo á veces que el público lllore, ó se ría... De eso se trata. No obstante, á esa chica no le estorbará su buen físico para los primeros tiempos de la carrera... Además, parece muy niña...

—De dieciocho á diecinueve años.

—Pues antes de que sea una gran actriz, por de pronto, será la primer *dama joven* de España... Que sí, hombre... La Boldún no fué nunca otra cosa sino una *dama joven* muy simpática y laboriosa... Esta será encantadora: se escribirán papeles para ella. Esa juventud, ese aire de candor, esa frescura, unidos al talento, ya verá usted lo que dan de sí.

Gálvez se sonreía, declarando no haber conocido nunca á don Juan tan entusiasmado, sin poder desecher la idea de que le agradaba la chica como mujer. En cambio Gormaz, cuya vista penetrante de actor machucho distinguía mejor de colores, estaba muy hueco, lo mismo que si le tocase alguna parte en el milagro. Corrió á participar á Concha la opinión de Estrella, y encontró á la modista muy alterada. Al principio del entreacto, había reñido con Ramón. ¿Pues no tenía éste la peregrina ocurrencia de exigir ahora, á la hora

crítica, que no se presentase escotada, que se pudiese un cuerpo alto? Por más que le hizo mil observaciones, advirtiéndole que, según decía la comedia, el escote en aquel acto era de rigor, que además no tenía otra cosa que poner, que era ya imposible discurrir un traje diferente, él, con obstinación de mula manchega, con la cabeza baja y el gesto torvo, insistió en que, si salía escotada, romperían para siempre. Así es que cuando Concha entró en el tocador vestuario, llevaba los ojos preñados de lágrimas. Dolores la interrogó, y ella contó todo en voz baja, rabiosa, prendiéndose con mano febril en un grupo de camelias en el pelo y dándose polvos á puñados, sin saber lo que hacía, temblando toda de despecho. Era la primera vez que disputaban Ramón y ella ¡y en qué ocasión! Dolores trató de conciliar, de sosegar la tormenta.

—Mujer, puedes echarte por los hombros una toquilla de encaje, la que sacó Rosalía en el primer acto... Yo se la pediré prestada... A los hombres no les gustan estas escotaduras, y tienen razón: ¡moda más indecente!

—Déjate de cuentos—articuló furiosa Concha.—Es un tonto; bien sabía lo del escote, y no tenía para qué darme ahora este mal rato... Pues no señor, que he de ir lo mismo que pensaba. ¡Mire usted...!

Y con un dedo impaciente, bajó el tul que rodeaba la línea del escote, como si quisiese aumentar el crimen. Salió á las tablas sofocada aún de haber llorado, con los ojos brillantes y las facciones animadas bajo la capa de polvos que las cubría, colérica, nerviosa, admirable en suma para aquel papel de *Consuelo* en el último acto, que es todo de celos y furia, primero sorda y luego desatada. El público, advertido ya, la saludó á su entrada con un aplauso, y Estrella enarboló los ge-

melos. Ramón, deslumbrado por aquella aparición blanca y rubia envuelta en farlatana azul, cegado por el brillo alabastrino de los hermosos brazos y desnudos hombros, espectáculo que hacía latir dolorosamente las arterias de sus sienas, azuzado por el rumor lisonjero que acogió la entrada de su novia, se levantó de la butaca tambaleándose y por la puerta más inmediata lanzóse al corredor. Iba tan ciego, que no vio á un caballero gordo, con melenas, que le detuvo.

—¿Eh... amigo, á dónde va usted?

—Ahí fuera... vuelvo en seguida—contestó el ebanista reconociendo al director del Orfeón.

—No olvidarse... Mire usted que la *Barcarola* se canta en el otro intervalo.

Ramón salió del edificio como un loco. Al verse fuera, se paró un minuto. La corona le estorbaba allí, debajo de la levita, en el pecho. La cogió y la despidió, balanceándola por las cintas, á no sé cuántos metros de distancia. ¿Volver al teatro? ¿Oír de nuevo las voces que penetraban como lancetas en todo lo que él más quería, en la reputación, en la garganta, en la carne de Concha? Jamás. Y silbando, de puro desesperado, la *Barcarola*, desapareció.

Mientras tanto Concha experimentaba una sensación muy extraña. Aquel público, aburrido en el primer acto, vacilante en el segundo, ahora se volvía todo ojos y entusiasmo para la joven aficionada. Sólo el que lo ha presenciado puede darse cuenta de cómo se transmiten—mucho más rápidamente que por el telégrafo,—las nuevas, en un teatro, paseo ó reunión de provincia. La muerte ó enfermedad repentina; la llegada del personaje notable; la disputa acalorada que puede parar en lance de honor; y hasta la plática amorosa, que naturalmente pasa sólo entre los dos interesados, todo corre y se sabe á los pocos minutos y es

asunto de comentarios y aun suele publicarlo la prensa en velados sueltos. En el recinto donde Concha trabajaba, durante el corto espacio de un acto á un entreacto, había cundido como mancha de aceite la noticia del efecto producido en el célebre actor Estrella por la modista-actriz, y lo que decía de sus facultades; sólo que, como pasa á menudo en casos análogos, el cuento al correr, engrosaba, engrosaba, se ponía hidrónico. Ya aseguraban sin rebozo que Estrella quería contratar á la chica, y que le ofrecía cantidades fabulosas. Y estas voces, circulando de un extremo á otro del teatro, picaban la curiosidad y hacían que el público, interesado en la representación, no se aburría ya mucho ni poco. Aquel hervor, aquella vida psíquica, por decirlo así, del público, cuyo foco era Concha, se reflejaban en ella comunicándole no sé qué misteriosa animación, no sé qué hormiguelo de flúido vital. Lejos de estorbarla, la atención de la concurrencia la estimulaba hasta el punto de que, excitándose al sonido de su propia voz, y al eco de los aplausos que ya fácilmente arrancaba, había olvidado por completo la riña con su novio, y embriagada y penetrada hasta lo más íntimo de su sér, sentía esas cosquillas indefinibles, esa corriente magnética que pone en comunicación, por un instante, el alma de un artista con muchos miles de almas; singular amor colectivo—pues no es posible darle otro nombre—que une al individuo con la multitud.

Entre bastidores estaba la serpiente del florido ramo que con tanto deleite respiraba Concha. Sus dos eclipsadas rivales, que en el tercer acto apenas tenían que salir á la escena, desquitábanse hablando fuera de ella á su sabor. En el corrillo inevitable que se forma en semejantes sitios, estaban los amigotes y los parientes de las desdeña-